

SANDEL, MICHAEL J. CONTRA LA PERFECCIÓN. LA ÉTICA EN LA ERA DE LA INGENIERÍA GENÉTICA. BARCELONA: MARBOT, 2007

Recensión del libro

Javier DURÁN GONZÁLEZ¹

¹ Universidad Politécnica de Madrid

Michael J. Sandel (Mineápolis, 1953), catedrático en la Universidad de Harvard, es uno de los especialistas en filosofía moral más importantes del mundo. Premio Princesa de Asturias en Ciencias Sociales en 2018. Sus obras principales son *Justicia* (2011), *Lo que el dinero no puede comprar* (2012) y *Contra la perfección* (2007), todas ellas traducidas al castellano. Profundo conocedor del deporte, son continuas sus referencias al mismo para ejemplificar dilemas éticos que analiza en sus textos; pero sin duda el libro que se analiza en esta recensión es su obra más próxima a la cuestión deportiva de las que ha escrito.

Aunque el objeto central del libro es un análisis ético sobre la voluntad de ciertos padres por optimizar genéticamente a sus hijos, en él se abordan también presiones educativas y deportivas familiares mucho más habituales.

La crítica ética esencial la dirige Sandel hacia la violación de la *autonomía* del hijo, al que se priva de su derecho a elegir libremente su *propio plan de vida*. Al elegir ciertas mejoras genéticas, orientadas por ejemplo hacia el talento musical o deportivo, los padres encauzan al hijo a vivir una vida que no es del todo suya. Estas opciones vitales limitan su derecho a un *futuro abierto*¹.

Indudablemente toda paternidad implica *aceptar*, pero también *transformar*, ayudar a los hijos a *desarrollar* ciertas capacidades. Ahora bien, *desarrollar* no es lo mismo que *descubrir* talentos en los hijos. *Desarrollar* implica esperar con respeto las inclinaciones propias del hijo y ayudarle en su crecimiento. *Descubrir* implica forzar ese proceso, adelantarnos a las opciones propias del hijo.

Sandel no elude la figura de esos padres obsesionados por convertir a sus vástagos en campeones deportivos, como Richard Williams, que planeó las carreras tenísticas de sus hijas Venus y Serena antes de que nacieran, o de Earl Woods, que ha dirigido la vida de su hijo Tiger desde que era un bebé. Para quien considere esas conductas de los progenitores como algo entrañable, y no las cuestione éticamente, resultan esclarecedoras las declaraciones del padre de las hermanas Williams al *New York Times* el 14 de noviembre de 1999: “Hay que aceptarlo, ningún niño se dedica de este modo al deporte, eso es algo que hacemos los padres, y en eso tengo toda la culpa. Si no lo planifican, créanme, no va a suceder” (78). Pocas veces esos padres reconocen abiertamente que han dirigido por completo la vida de sus hijos. De ahí lo interesante de esta afirmación llena de orgullo y carente absolutamente de autocrítica.

Aunque a veces se tiende a equiparar la presión de ciertos progenitores sobre sus hijos para que lleguen a ser deportistas profesionales, con la que ejercen otros para que sus hijos estudien

¹ Joel Feinberg, “The child’s Right to an Open Future”, en *Whose Child? Children’s Rights, Parental Authority, and State Power*, ed. W. Aiken y H. LaFollette (Totwa, NJ: Rowman and Littlefield, 1980).

determinada carrera, las diferencias son esenciales. La primera opción exige una especialización muy precoz al hijo, y, además, suele ir acompañada de un cercenamiento del proceso educativo escolar normalizado entre iguales, dificultando la posibilidad de que el hijo conozca otras realidades vitales. Presionar a un hijo para ser notario por ejemplo, implica que éste haya “tenido que seguir un proceso educativo normalizado, y la decisión última de especializarse tendrá que tomarla a los 17 o 18 años aproximadamente, o incluso más tarde. A esa edad si una persona decide elegir una profesión *para contentar a un padre* ya tiene mucha parte de responsabilidad en la elección. El condicionamiento ha podido ser muy fuerte también en esta segunda opción, pero el margen de libertad que se da al hijo es mucho mayor”².

Una derivada de la crítica ética señalada por Sandel apunta a la *deshumanización de las personas mejoradas*. La pérdida de libertad y autonomía reduce la *responsabilidad moral*. Las personas mejoradas genéticamente no serían plenamente responsables (merecedores de elogio o condena) por su forma de ser o hacer las cosas. “Una cosa es lograr setenta *home runs* fruto del entrenamiento y del esfuerzo, y otra muy distinta, lograrlos con ayuda de esteroides o de optimización genética de los músculos”. A mayor *optimización externa* nuestra admiración por el logro se va aminorando, y como jocosamente lo expresa Sandel “nuestra admiración pasa del jugador a su farmacéutico” (38).

Para nuestro autor es importante diferenciar entre *curar* o prevenir una enfermedad hereditaria, y *mejorar* capacidades físicas o cognitivas. La preocupación por la salud de un hijo no representa una ambición desmedida de dominio y control; pero “no puede decirse lo mismo de los padres que pagan grandes cantidades de dinero para seleccionar el sexo de su hijo (por razones no médicas) o que aspiran a diseñar los talentos intelectuales o las capacidades atléticas de sus hijos por medio de la ingeniería genética” (72-3).

Algunas de las aplicaciones más habituales de la bioingeniería para el perfeccionamiento: “optimización muscular; de la memoria; de la altura; y selección de género”, nacieron “como un intento de tratar una enfermedad o de prevenirla”, pero han evolucionado “hacia un instrumento de perfeccionamiento” (14) a disposición de los consumidores más pudientes.

En el caso de la *optimización muscular* nadie se opondría a utilizar una terapia génica para aliviar la distrofia muscular, y casi nadie defendería su uso para producir atletas genéticamente alterados en búsqueda de ventaja competitiva.

En cuanto a la optimización de la *memoria* ¿tendría el mismo valor moral *curar* a personas con Alzheimer, que mejorar la capacidad memorística de un opositor? Respecto a la *altura*, cada vez hay más padres que solicitan la hormona de crecimiento para sus hijos. Al principio era por deficiencia hormonal, pero cada vez más padres piden tratamientos para que sus hijos, de altura normal, sean más altos, por ejemplo “para entrar en el equipo de baloncesto” (26).

El caso de Tiger Woods resulta muy interesante. Por sus problemas de vista, tuvo que someterse a cirugía ocular. Tras su operación “ganó los cinco torneos siguientes en los que participó” (44). “La naturaleza curativa de la cirugía ocular es fácil de aceptar, ¿Pero qué diríamos si a Woods, según parece ser el caso, el tratamiento láser le hubiera dado una capacidad visual superior a la normal. ¿Convierte eso la intervención quirúrgica en una optimización ilegítima?” (45).

La cuarta y última optimización analizada por Sandel es respecto a la *selección de sexo*. Indudablemente un uso terapéutico para prevenir una enfermedad hereditaria que sólo afecta a uno de los sexos estaría plenamente aceptado; pero ¿y si la selección se realizara por factores culturales y “como medida de discriminación sexual, generalmente contra las mujeres, como ilustran las escalofrantes proporciones entre un sexo y otro en India y China?” (34) Este motivo suele rechazarse éticamente; pero Sandel da una vuelta de tuerca más a su razonamiento: ¿Y si la selección de sexo se empleara “en una sociedad que no privilegiara a ningún sexo en especial y que la proporción entre hombres y mujeres fuese equilibrada. Imaginemos a unos padres que buscan la pareja (sea chico o chica). ¿Sería cuestionable la selección de sexo en esas condiciones?” (36).

² Javier Durán, “Ética de la competición deportiva: valores y contravalores del deporte competitivo”, *Materiales para la Historia del Deporte*, n.º 11 (2013): 110-11.

En mi opinión el problema ético de la perfección genética se agudiza en la *comparación competitiva* (*deportiva o social*). Cuando la mejora de unos perjudica a los no mejorados el cuestionamiento ético se evidencia. Si la operación de Tiger Woods le dio una capacidad visual superior a la normal resulta injusta. Toda optimización en cuanto a mejoras de salud, que llegara al conjunto de la población sin discriminar a nadie, sería incuestionable éticamente. ¿Acaso no ha sucedido ya con ciertas enfermedades que tiempo atrás eran mortales y hoy están prácticamente erradicadas por vacunas o tratamientos? No hay nada de malo en ambicionar que las generaciones futuras sean más felices y plenas de salud, pero sí lo hay cuando esas mejoras solo favorecen a unos seres humanos y no a otros.

Sandel reconoce “el peligro de crear dos clases de seres humanos”, aquellos con *posibilidades económicas* que puedan acceder a las tecnologías de perfeccionamiento, y aquellos que no puedan acceder al no poder pagar los costosos tratamientos (27); incluso la posibilidad, si esas mejoras se transmiten “de generación a generación”, de llegar a crear “dos subespecies de humanos: los perfeccionados y los naturales” (22-3).

También dirige su crítica hacia la *presión social competitiva* de nuestras sociedades capitalistas que aceptan con toda naturalidad que padres pudientes se gasten fortunas en cualquier mejora que sitúe a sus hijos en una posición de ventaja social. El mercado de óvulos y esperma permite mediante inseminación artificial poder elegir “los rasgos genéticos que deseen para sus hijos” (109). En EEUU pueden encontrarse anuncios así: “por 50.000 dólares se ofrece óvulo de mujer joven que mide 1,77, de complexión atlética, sin problemas médicos importantes en la familia y con un coeficiente intelectual de más de 1400” (110). Si la sociedad en su conjunto decidiera qué mejoras deberían universalizarse para que todos los seres humanos tuvieran acceso a ellas para mejorar la calidad de vida, no habría crítica ética alguna. Lo que sí es éticamente criticable es que sólo unos pocos, los más pudientes, tengan acceso a estas mejoras.

Sandel dedica una parte de su libro a explicar la *eugenesia*, un movimiento que “trataba de mejorar la constitución genética de la humanidad” (94), pero que en poco tiempo estaban evitando la reproducción de todas aquellas personas consideradas defectuosas. No fue marginal sino ampliamente aceptado por la sociedad europea y norteamericana a principios del siglo XX. Sólo cuando Hitler conduce la eugenesia hacia el “asesinato de masas y el genocidio” (102) la humanidad empieza a darse cuenta de lo aberrante de esta filosofía.

La sombra de la eugenesia se proyecta sobre los debates actuales acerca del perfeccionamiento y la ingeniería genética. Los críticos señalan que la optimización y la búsqueda de niños de diseño no son sino formas *privatizadas o de mercado* de la eugenesia. Los defensores responden que al suprimir la coerción las decisiones genéticas libremente adoptadas no son eugenésicas (103-4).

Sandel se pregunta “¿qué tiene realmente de malo la eugenesia? ¿Es sólo su aspecto coercitivo? ¿O hay algo que está mal incluso en las formas no coercitivas de controlar la constitución genética de la generación siguiente?” (104).

Si se descubriera un gen de la homosexualidad y una mujer embarazada no quisiera tener un hijo homosexual ¿debería poder seleccionar a su hijo y liberarle de esa característica?, “¿hay algo rechazable en general en toda esta clase de decisiones tomadas en función de preferencias eugenésicas, por más que no haya ningún tipo de coacción?” (109).

El California Cryobank, uno de los bancos de esperma más importantes del mundo, es una empresa lucrativa que no persigue ningún fin eugenésico. (...) tiene oficinas en Cambridge, Massachusetts, Palo Alto, Stanford (...) su marketing se basa en el prestigioso origen de su esperma. Su catálogo de donantes ofrece información detallado acerca de las características físicas de cada donante, su origen étnico, carrera universitaria, temperamento, carácter... se informa que el donante ideal posee título universitario, mide metro ochenta y tiene ojos marrones y pelo rubio. La empresa no desea propagar esos rasgos, simplemente informa de los rasgos más demandados. Si nuestros clientes quisieran a adolescentes marginados, les daríamos adolescentes marginados (113-4).

En este ejemplo se evidencia con toda claridad la discriminación económica e injusta de la perfección en un contexto social competitivo. Si la vieja eugenesia trató injustamente a los pobres y débiles a los que esterilizó, la eugenesia liberal actual los irá poco a poco segregando y apartando de la competición social hacia la mejora y el éxito. Sólo las familias más pudientes podrán elegir como van a ser sus hijos para que puedan tener “éxito en una sociedad competitiva” (119).

Referencias

- Durán, Javier. “Ética de la competición deportiva: valores y contravalores del deporte competitivo”. *Materiales para la Historia del Deporte*, n.º 11 (2013): 89-115.
- Feinberg, Joel. “The child’s Right to an Open Future”. En *Whose Child? Children’s Rights, Parental Authority, and State Power*, editado por W. Aiken y H. LaFollette. Totwa, NJ: Rowman and Littlefield, 1980.
- Sandel, Michael J. *Contra la perfección. La ética en la era de la ingeniería genética*. Barcelona: Marbot, 2007.
- Sandel, Michael J. *Justicia*. Barcelona: Debate, 2011.